

—No señor, ignoraba la necesidad de ella.

—Entonces, dijo el militar dirigiéndose á sus compañeros, llevad á ese hombre á la presencia del Prefecto.

Pocos momentos después, este diálogo tan bruscamente interrumpido, continuó en la Prefectura de la manera siguiente:

—Me han dicho que usted pide para los gastos del culto de San Antonio, y si esto es así, estará usted debidamente autorizado.

—Señor Prefecto, ya he manifestado que obro solamente movido por un espíritu piadoso y que ignoraba la necesidad de una autorización.

—Se me figura que es usted un espía y como tal puede pasarla muy mal.

—¿Espía yo, señor, cuando la preciosa imagen de San Antonio, en mis manos, puede significar el odio que profeso á los liberales?

La venerada y simpática escultura representada fielmente en el presente grabado, debió haber aparecido á los ojos de la señora Prefecta, con una belleza sobrenatural, para que ésta se decidiese á interrumpir el diálogo dirigiendo la palabra al comprometido General.

—Buen hombre, creemos á usted, y le suplico, permita que el Santo nos honre un día con su visita. Tengo un niño enfermo y quiero ver por su salud, implorando los auxilios de esta imagen, en celebración de la cual mañana se cantará en la parroquia una gran misa.

Negarse en aquellos momentos á lo solicitado por la señora Prefecta, hubiera sido por demás inconveniente; las sospechas habrían renacido con mayor fuerza, desaprovechando el General el único medio de salvación que su fortuna le había deparado. Así es que se apresuró á contestar:

—Ningún reparo tengo en dejar por hoy al solícito cuidado de usted esta imagen; mas le suplico impida que la toquen y la maltraten, pues me veo en ella, así como que se me devuelva cuanto antes, pues tengo que regresar desde luego á Teziutlán.

—Mañana, después de la misa, le será á usted entregada.

UNA MISA SOLEMNE.

Durante la noche de ese día en que tuvo efecto la entrevista con la primera autoridad

del lugar, el silencio y la soledad excitaron la imaginación del General despertándole las más siniestras ideas. Creía que á esas horas tal vez un fatal descuido, había determinado la rotura del santo, y por tanto, el descubrimiento de los comprometedores documentos, siendo por consecuencia inevitable la perdición de su propio individuo; figurábase oír llamar á la puerta de su posada, requiriendo á su persona para conducirla al lugar del suplicio; representábase, en fin, las consecuencias fatales que de tal hallazgo habrían de resultar á la causa de la República. Los primeros rayos de la aurora que ahuyentan las tinieblas de la noche y alivian los pesares, disiparon de la imaginación acalorada del General, sus pensamientos sombríos.

Levantóse violentamente, pues vestido había acostado, y echó á andar en dirección de la parroquia.

Después de tres ó cuatro horas de espera, el toque de las campanas conmovió el aire, transmitiendo su armonioso sonido á las más apartadas comarcas. La gente se congregaba para asistir á la ceremonia religiosa que en el templo se preparaba. Hombres y mujeres, paisanos y militares, nacionales y franceses, se agrupaban á la puerta del santuario y trasponían los umbrales, animados de un santo recogimiento, preparándose á oír la solemne misa mayor que iba á cantarse en honor de San Antonio, á expensas de sus devotos. Hallábase el altar mayor extraordinariamente adornado, esparciendo la fragancia de las flores y profusamente resplandeciendo con la luz de las bujías. La preciosa escultura, en el centro del altar, se hacía apenas perceptible, entre tanto ramillete, por el intenso color café de su ropaje, que contrastaba con el nacarado color de las rosas.

Sonado que hubieron las nueve horas de la mañana, de la sacristía salieron revestidos los sacerdotes oficiantes, precedidos de los monaguillos que conducían los ciriales y el incensario. En aquel momento hicieron escuchar simultáneamente los graves acordes del órgano en el interior, y los repiques y los atronadores estallidos de las *cámaras* en el exterior. La misa comenzaba. Prosternados casi todos los asistentes y entre ellos los zuavos con una rodilla en tierra, se rezó el *Confiteor Deo*;

pero ninguno oraba con tanto fervor como el conductor del santo, á quien puedo asegurar encomendaba, de todo corazón, el feliz éxito de su empresa, como que abrigaba la íntima convicción de que el descubrimiento de su extratema señalaría su última hora, tanto por la esencia misma del asunto, cuanto por haber obligado á toda aquella gente á prosternarse ante las notas de Don Benito. Preciso es conocerse de que el artificio del atrevido general no reconocía una idea sacrilega preconcebida, sino un acto debido á excepcionales circunstancias. La misa continuaba, contribuyendo con sus grandiosas ceremonias á devolver la tranquilidad al acongojado General, quien en aquellos patéticos momentos no podía menos que adunar sus sentimientos á los de todos los asistentes. ¿Quién no escucha con verdadero deleite las bellísimas frases del Prefacio: *vere, dignum et justum est, æquum et salutare*, de ese cántico sublime de la Iglesia católica, que unido á las preces de los fieles, y en las espirales del humo del incienso sube al cielo?

El General fué recobrando su perdida calma y al entonar el diácono el *ite missa est*, él, que sin ser latinista comprendió que la ceremonia tocaba á su fin y con ella sus angustias, dirigióse inmediatamente á la sacristía, donde, pasados algunos momentos, le fué entregado el San Antonio sin lesión alguna, así como varias limosnas.

Tan inesperado desenlace llenó su espíritu de contento, tanto que al recorrer la nave de la iglesia, y cediendo á los impulsos de su corazón, manifestó su gratitud á la bondad divina, pronunciando palabras que muy bien puedo convertir en las siguientes frases: *verdaderamente es digno y justo el daros gracias, Señor, por el beneficio que me has concedido, salvándome de este trance terrible*.

No bien hubo terminado su deprecación, cuando sus ojos percibieron á lo lejos, y en el atrio del templo, un grupo de zuavos, entre los cuales se destacaba la corpulenta figura del feroz contraguerrillero. Instintivamente y para hacerse ruido, como vulgarmente se dice, empezó á agitar violentamente su campanilla disponiéndose á trasponer el umbral de la puerta, aparentando una serenidad de que sólo era capaz su desmedida audacia, muy necesaria en este, tal vez, más comprometido lance.

Fácil es comprender la angustiosa situación del General á la vista de aquel grupo de militares que, según todas las apariencias, le esperaban; pero comprendiendo que toda vacilación en tan críticos momentos echaría por tierra todos sus planes y sacrificios, despertando como era natural, las sospechas de sus enemigos, decidióse á salir del templo con paso firme y ademán resuelto. Todos aquellos zuavos y contraguerrilleros ¿qué esperaban? ¿Cuál era su intención al fijar sus penetrantes miradas en el portador del santo? ¿Acaso algún indicio había hecho nacer en su ánimo alguna sospecha? ¿Una denuncia, en fin, había reveládoles, quizá, la personalidad del emisario del Presidente Juárez? El lector va á salir muy pronto de dudas.

Apenas hubo el General llegado al atrio, cuando se vió rodeado por los soldados, acercándosele todos con gorra en mano, imprimiendo algunos en la escultura un beso, atraídos por las infantiles gracias del Santo y depositando el feroz contraguerrillero, en la ya también célebre alcancía, una peseta.

DE TEHUACÁN Á OAXACA.

Lejos de todos aquellos enemigos, causa natural de sus sobresaltos, el General tomó en la posada su caballo, montó en él, echó á andar, salió de la ciudad, y trasponiendo un collado, perdió de vista la población que de vez en cuando le enviaba, en las ráfagas del viento, los ecos de sus campanas y del bullicio de sus habitantes. La libertad de que disfrutaba en aquellos momentos y la idea de la pronta realización de su delicado y espinoso encargo, hicieronle apresurar el paso de su cabalgadura rumbo á Oaxaca, y en pocas horas puso de por medio las tierras de Chapulco y de aquella municipalidad y llegó á los límites del Estado de Oaxaca. Siempre por veredas y por terrenos agrestes como los que forman las quebradas comarcas de Teotitlán, Cuicatlán y Etna, continuó su trayecto el intrépido caminante y se internó por último en el hermoso recinto de la ciudad de Oaxaca, pasando de allí á Nochixtlán, término feliz de su dilatado y azaroso viaje. Pocos momentos después de su llegada presentóse al General Díaz, á quien

entregó el sagrado depósito que, merced á San Antonio, había escapado milagrosamente de caer en poder de los franceses. *

* El siguiente certificado prueba, en su parte esencial, la verdad del hecho:

"República mexicana.—Línea de Oriente.—General en Jefe.

El C. Porfirio Díaz, General Jefe de la línea de Oriente.

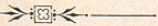
Certifico que el Coronel C. Ignacio Beléndez en la arriesgada comisión que ha traído del Estado de Veracruz y Gobierno general, ha procedido con toda la sagacidad, valor y honradez que era de desearse.

Dado en el Cuartel General en Oaxaca á 8 de Marzo de 1864.—Porfirio Díaz."



XVI

HISTORIA DE LA SOCIEDAD FILARMÓNICA.

——
A mi estimado amigo Melesio Morales.

LA CASA DE UN PIANISTA.



LA agrupación de que voy á tratar fué un hermoso meteoro que, al extinguirse, nos dejó el recuerdo de sus vívidos fulgores. Cayó súbitamente derribada, en la fuerza de su vigor, al rudo golpe de las pasiones, como la potente encina por el irresistible poder de una descarga eléctrica. El celo y las pasiones que se agitan en el seno de la Sociedad, que ella misma consiente y estimula, son el

De gran provecho fué para la causa de la República la misión del General Beléndez pues logró poner en comunicación al General Díaz con el Gobierno republicano, que después de abandonar sucesivamente las poblaciones de San Luis, Monterrey y el Saltillo había fijado su residencia en Chihuahua. Entre las más importantes disposiciones que dictó el General Díaz, contábase la que tendía á la reorganización de las fuerzas que obraban en la Sierra de Puebla, expidiendo sus órdenes y sus proclamas que hizo circular profusamente el General Beléndez.

El milagroso San Antonio fué, de nuevo, el portador de tales documentos.

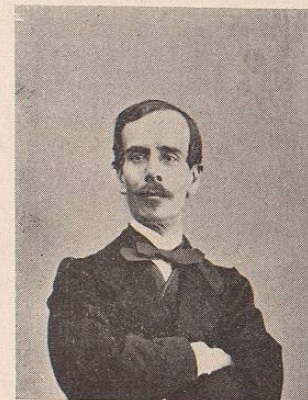
En la historia que voy á referir, aparece en primer lugar un artista, modesto á la par que ilustre. Don Tomás León, pianista distinguido, maestro excelente, amigo sincero é



TOMAS LEON.

inmejorable padre de familia, era una personalidad que á las relevantes cualidades enunciadas, adunaba un exquisito trato, gran entusiasmo por el arte que profesaba y una modestia suma que lo inclinaba siempre á reconocer, ¡cosa rara en los de su profesión! el mérito de los demás, sin hacer ostentación del propio. Cuantos artistas llegaban á la Capital eran acogidos con beneplácito en la casa del hábil pianista, quien les proporcionaba idóneos oyentes, y tanto los encomiaba por todas partes que al presentarse aquéllos en el teatro, precedidos de la reputación que les había formado, eran saludados por el público con nutridos aplausos. Tan delirante era León por el divino arte, que no desperdiciaba ocasión para recrear su ánimo, en unión de sus amigos que por aquél mostraban igual afición, ejecutando en el piano esas sublimes obras de la música clásica, en la que el fino oído percibe inefables melodías, medio veladas por la riqueza de las combinaciones sinfónicas. Sebastián Bach, Mozart, Beethoven, Haydn y Mendelssohn eran los maestros favoritos, cuyas obras alternaban con las de Rossini, Meyerbeer, Verdi, Gounod, Chopin y otros de relevante mérito. Casi siempre acompañaba á León Aniceto Ortega, el gran filarmónico por intuición, el médico hábil por sus profundos conocimientos, el literato distinguido por su vasta instrucción y facultad imaginativa, el hombre de sociedad por su fina educación

y, para mí, por su bello carácter, uno de mis mejores y más queridos amigos. Otras veces poníase al piano Melesio Morales para darnos á conocer diversos trozos de su ópera *Udegon-*



ANICETO ORTEGA.

da ó bien el mismo Aniceto nos deleitaba con su *Invocación á Beethoven*, sus nocturnos y sus valsos tan originales, delicados y llenos de gracia. En las composiciones de Aniceto se reflejaban la belleza de su carácter y la elevación de sus sentimientos, comprobando más que ninguno otro lo de que el estilo es el hombre, y en la ejecución de aquéllas veíase al maestro que obligaba al piano, á fuerza de delicadeza, á dar toda la expresión de que eran susceptibles las bellas y conmovedoras frases de sus composiciones. Aniceto, con un ligero movimiento del hombro derecho para apoyar su mano en el teclado, hacía cantar ó suspirar al instrumento.

Los más asíduos concurrentes á tan agradables tertulias eran Aniceto y el Dr. Ortega, Francisco Villalobos, Melesio Morales, Julio Ituarte, aventajado discípulo de León; Don José Ignacio Durán, Director de la Escuela de Medicina; Don José Urbano Fonseca, Abogado distinguido; Don Agustín Siliceo, el Doctor Eduardo Licéaga, Don Ramón Terros, Don Jesús Dueñas y el que esto escribe.

UNA SINFONIA DE BEETHOVEN.

Nunca olvidaré los entretenimientos musicales en la casa de Tomás León y, sobre todo, el de una tarde en que la naturaleza, por una feliz coincidencia, asoció á una de las más hermosas concepciones musicales, una de sus